

## TOLEDO EN LA OBRA MUSICAL DE JACINTO GUERRERO

JOSÉ MIRANDA CALVO  
Numerario

Si tuviéramos que sintetizar la trilogía de amores íntimos que presidieron la vida y obras del maestro Jacinto Guerrero, aparece unánime la coincidencia en considerar que fueron: su madre y los suyos, la música y su tierra toledana y ajofrinera.

De ahí que, bien quisiera poseer la necesaria inspiración para combinar mis palabras al igual que se realiza rítmicamente con las notas musicales expresando ese mundo de ideas, emociones y sentimientos que se condensan en las partituras, para poder resaltar sobre el pentagrama de la vida del maestro Guerrero el hondo toledanismo que fluye en su ser y trasladó a sus más preciadas obras.

No podemos olvidar que la Música es, dentro del conjunto de las Bellas Artes, la que más nos conmueve, la que adoptando una u otra forma alcanza mayor difusión y arrastra los espíritus, puesto que la carga de emociones y sentimientos que se transmiten a través del entresijo de sus compases, pluraliza nuestra sensibilidad captando su belleza artística y sentimental. La llamada música escénica, la que combina el diálogo de los personajes con su canto, ha venido en dividirse, como todos sabemos, en dos grandes grupos: el de la ópera y el de la zarzuela, popularmente conocida como «el género chico», cuyas características y tipicidad han hecho de la misma un género predominantemente español, cuyo florecimiento acusado a lo largo del siglo XIX, con las figuras de Arrieta, Bretón, Barbieri, Chapí, Vives, etc., se prolonga felizmente durante el siglo XX, en el que la personalidad, casticismo y fluidez compositiva de Jacinto Guerrero destacan señeramente, junto a su reciedumbre moral, cuyos elementos y fondo supo trasladar a su obra.

La conmemoración de su centenario, en este su Toledo, cerrando el ciclo de actos desarrollados en su memoria, presupone para nuestra Corporación el epílogo gozoso de su actividad académica en el presente año, recordando, en primer lugar, que el maestro ingresó como Académico Correspondiente, según acuerdo de 16-7-1927, y título expedido el 30 del citado mes, siendo a la sazón Director el Excmo. Sr. D. Teodoro de San Román. al reconocérsele su valía musical e identificación y cariño con su patria chica, ya que el maestro Guerrero con su lírica emotiva, popular y arrebatadora, supo siempre cantar a Toledo en el encaje de sus notas y compases, exaltando musicalmente su ambiente, costumbres, virtudes de sus gentes y sus bailes y danzas, dentro de su prolífica obra, cuyo registro oficial alcanza a 128 entre zarzuelas, operetas, revistas, poemas, etc., ofrendando a la Ciudad y Provincia las más cuidadas y sentidas de las mismas, por lo que al comentar su obra el insigne Víctor de la Serna afirmará que «universalizó más aún a Toledo a través de sus melodías echadas a volar graciosamente por encima del mar», dada su exitosa proyección en el continente americano.

Las tierras semiserranas de su querida villa de Ajofrín, que en silencio de siglos nos vienen transmitiendo la despedida de los breñales de los Montes de Toledo antes de asomarse al balcón de nuestra Ciudad, aparece íntimamente entrelazada con los avatares toledanos tanto por su cercanía como por las incidencias de su jurisdicción. La etapa inicial de su historia, subsiguiente a la reconquista de Toledo por el rey Alfonso VI en 1085, se caracteriza por su carácter netamente castrense tras el otorgamiento de su señorío al íntimo palaciego Adefonsus Munio, como refiere su hijo, el célebre Munio Alfonso, Alcaide de Toledo, diciéndonos en su testamento «... y por cuanto el famosísimo emperador D. Alonso el Viejo, de gloriosa memoria, heredó a mi padre dándole el lugar de Axofrín ...», por entonces simple alquería de la comarca de la Sisle, implicándose los moradores de la hoy villa en sus huestes y lides armadas contra los musulmanes,

continuándose posteriormente bajo el señorío de las poderosas familias mozárabes de los ben Furon o Axofrín, rectoras del lugar, que darían su nombre a la localidad así como su heráldica, enlazándose más tarde con los Bocanegra de cuya unión descienden los Alvarez de Toledo, Condes de Cedillo, fundadores de la Capilla de Santa Catalina en la Iglesia de S. Salvador, en la que tomaban sus insignias doctorales los antiguos miembros de la Universidad de Toledo.

La destreza, lealtad, y valentía, de las mesnadas ajofrineras les llevaría a constituir las vanguardias de las tropas cristianas en la jornada de las Navas de Tolosa en 1212, al frente y mando de Pedro Ruiz de Axofrín, que ante el recuerdo de la figura de una Cruz visionada entre los jirones de luz y nubes durante el combate la adoptaría para su escudo de armas, consistente en cruz floreteada de plata sobre campo de azur, parecida a la de Calatrava, como se comprueba en la villa y demás vestigios.

La caída en desgracia de Pedro Alfonso de Axofrín, dada su lealtad a Enrique II de Trastámara frente a su hermano y vencedor en la lucha dinástica, el rey Pedro I, con la pérdida de la guarda y tenencia de la puerta de Alcántara, así como la muerte de Alfonso de Axofrín en 1382 en combate contra los portugueses defendiendo los derechos del rey D. Juan I, preludian la conclusión de esta etapa, al ser los últimos descendientes varones del linaje, puesto que su madre, D<sup>a</sup>. Inés García Barroso, haría donación del señorío del lugar al Cabildo de la Catedral de Toledo en 1384.

La etapa intermedia, a partir de comienzos del siglo XV, bajo la jurisdicción eclesiástica catedralicia se caracteriza por la progresiva instalación de talleres y telares productores de lanas, sayales y bayetones, bajo la égida de la Orden franciscana, surgiendo abundantes vocaciones conventuales y monjes ilustres, perdurándose dicho estado de cosas hasta la época de la desamortización en el siglo XIX, dando paso a la etapa actual en la que la raigambre industrial, agrícola y artesanal de la villa gira sobre la órbita civil y privada.

Esta etapa, la presente, conocería el 16 de agosto de 1895, el nacimiento del hijo primogénito de los sacristanes de la villa, Jacinto, del que su padre, intuyendo sus futuras dotes musicales, no dudaba en comentar orgullosamente que «no solamente había venido al mundo con el pan bajo el brazo sino con el bombo y los platillos».

No se equivocó, ciertamente, D. Avelino, como pudo comprobarse al oírsele tocar los mismos a la temprana edad de 6 años en la Banda municipal que dirigía su propio padre, así como sucesivamente el armonio de la parroquia, y cánticos complementarios.

La muerte del padre cuando Jacinto sólo contaba 9 años, constituyó, junto al infortunio y dolor familiar, su orientación musical decisiva, puesto que, ante la precaria situación económica familiar, ya aumentada con sus hermanos Inocencio, Consuelo y Paquita, y conocidas sus excelentes dotes musicales, el Párroco de la villa consiguió su ingreso en el Colegio de Infantes de Toledo, el que fundara en 1545 el Cardenal Silíceo como vivero y plantilla de acólitos y cantores al servicio de la Catedral, integrándose en el llamado grupo de los «seises», cuyas voces privilegiadas intercaladas en las fiestas y ceremonias litúrgico-catedralicio nos permiten conocer las grandes obras sacras de Victoria, Palestrina Ugalde, Soler, etc.

Tenemos, pues, al joven Jacinto, asentado en la Ciudad, en los comienzos de su peregrinar musical, cuya precocidad compositiva ofrecería prontamente la primicia de sus obras: una Salve a 4 voces dedicada a la Virgen de la Esperanza de S. Cipriano, como regalo espiritual a su madre que con su acendrada devoción a la misma supo transmitírsela desde la más tierna infancia, iniciándose con ella la confluencia de amores y de fe en el marco toledano.

Toledo, aparece como la feliz conocedora de esta inicial composición mariana del futuro maestro a los 12 años de su edad, que secreta y sorprendentemente cantaron sus compañeros bajo la dirección de su infantil batuta ante la sorpresa del Director, el maestro Farré, y resto de profesores, evidenciándose, a su vez, la iniciativa y

confianza en sí mismo que le acompañaría a lo largo de su vida. La salida del Colegio de Infantes, motivada por su desarrollo físico y cambio registral de voz, determinó su inmediato ingreso en el Seminario ante los deseos de su madre que pronto abandonaría por su evidente falta de vocación y sentido de total libertad de acción, ocasionándose su irrupción y conocimiento de la vida real social de aquel Toledo de comienzos del siglo cuya severidad costumbrista contrastaría abiertamente con su natural y desbordante alegría y libertad.

Esta etapa juvenil marcará indeleblemente su carácter y condición, cuya forja en ambiente tan opuesto a su natural descnfado le permitirá comprobar la fuerza de su empuje, fe en sí mismo, y tenacidad para lograr alcanzar el éxito que deseaba, permitiéndole conseguir el indispensable bienestar económico para sí y su familia. De ahí, la alternancia de trabajos y ocupaciones contrapuestas, desde «cantor de coro» y «preparador de misas» que realizaba en la Catedral como contrapartida de su paso y dotes musicales en el Colegio de Infantes, a las de actuante como pianista en un café cantante existente entonces en la Calle Hombre de Palo, junto a variadas actuaciones tocando el violín en fiestas y veladas por los pueblos limítrofes, consiguiendo, junto a su creciente popularidad, el éxito económico que ambicionaba logrando trasladar a su familia a Toledo e instalándose al final de la legendaria Calle del Pozo Amargo.

Esta variada actividad le permitió constante contacto con la realidad social imperante, el conocimiento del trasfondo popular, sus alegrías y decepciones, la nobleza generalizada de sentimientos de las gentes, etc., que en tan alto grado inspirarían sus futuras realizaciones.

Precisamente, durante esta etapa conocería sentimentalmente su primer desencanto amoroso, cuyas secuelas presidieron el resto de su vida dado el impacto que le produjo y que el propio maestro gustaba de referir a sus íntimos describiéndolo así: «... me enamoré loca-

mente de una camarera que servía en el café donde yo tocaba el piano en Toledo. La declaré mi pasión en unos términos tan románticos como nadie puede imaginar. Y cuando yo esperaba una explosión de amor por parte de ella, fue y me dijo que todo aquello era muy bonito pero que si yo quería que habláramos en serio tenía que pasarla una pensión diaria». Tal impresión y decepción debió sentir ante tan espiritual respuesta que hubiera representado, caso de realizarla, una merma en la ayuda económica proporcionada a su familia, que durante el resto de su vida rechazó cualesquier unión matrimonial formal a pesar del constante éxito cosechado entre el sexo femenino.

La vivencia juvenil en la Ciudad, su profunda identificación y cariño, el conocimiento de la grandeza histórica condensada en la riqueza monumental sublimada por la espiritualidad catedralicia a la que se sentía profundamente unido, junto a sus ansias de lograr reconocimiento y ayudas para cursar estudios superiores, le incitan a componer su Himno a Toledo, como compendio de sus amores y orgullo filial, que, presentado como aval a su petición de concesión de una beca por parte de la Excma. Diputación para cursar estudios en el Conservatorio de Música en Madrid, le sería otorgada por importe de 1 peseta diaria, según consta en el acta de la sesión del 28 de octubre de 1914, seguida de otra similar por parte del Excmo. Ayuntamiento.

El Himno a Toledo, durante largos años desaparecido, y a cuyos afanes me consagré por encontrarlo intensamente contactando con el total de entidades y personas del mundo de la Música, ante el fracaso de su búsqueda por los archivos oficiales, así como en el círculo familiar, Fundación Guerrero y Sociedad General de Autores, puedo anunciar felizmente que volvemos a tenerlo entre nosotros. Toledo, pues, vuelve a recuperar este símbolo de su exaltación musical fruto del toledanismo de una de sus más excelsas figuras, la de Jacinto Guerrero, en la que volcara su entusiasmo juvenil ofrendando a la Ciudad la primicia de sus composiciones, cuya letra acompañante pertenece al sacerdote D. Vicente Mená.

Ello ha sido posible, cuando tras agotar la serie de gestiones en archivos y entidades oficiales, acudí privadamente al conjunto de personajes que pudieran haber tenido contactos con la obra musical del maestro Guerrero, recordando de inmediato al maestro Francisco Cebrián Ruiz, actual Director de la Banda Municipal de Murcia, Académico Correspondiente de nuestra Corporación, y hermano del que fue, asimismo, maestro Emilio Cebrián Ruiz, autor de otro Himno a Toledo, el que prácticamente conocemos y escuchamos, si bien con menor frecuencia de la que fuera de desear, que convivió íntimamente con su compañero Jacinto Guerrero compartiendo éxitos y vivencias toledanas dado su paso sucesivo por la Banda de Música de la Academia de Infantería, Municipal de Talavera de la Reina, y finalmente con la de Jaén, recordando sus frecuentes actuaciones en nuestra Ciudad.

Ante mi ruego, con generosa espontaneidad me respondió poseía una copia íntegra del mismo puesto que fue su hermano Emilio quien instrumentara para Banda el mencionado Himno que concluyó el 12 de abril de 1931, siendo a la sazón Director de la Banda Municipal de Talavera de la Reina, con cuya partitura se ha tocado, especialmente en los homenajes rendidos a la memoria del maestro Guerrero.

Toledo, pues, una vez más, tras la Salve dedicada a la Virgen de la Esperanza de S. Cipriano, vuelve a representar la suma y compendio de sus emocionados sentimientos transcribiendo líricamente la vehemencia de su corazón sobre el pentagrama.

A partir de los 19 años, el novel becario se traslada a Madrid como alumno del Conservatorio, cursando sus estudios bajo la dirección de Conrado del Campo y de otro toledano, Benito García de la Parra, bargueño de pro, que al igual que Jacinto Guerrero sentía auténtico orgullo y pasión por sus raíces. Los progresos en los estudios, sorprendentes composiciones, y actuaciones como violinista en distintos teatros, le deparan confortable holgura económica que permite

el traslado de la familia a Madrid, iniciándose progresivamente la estela de sus éxitos con las conocidas obras de «La alsaciana», «La montería», «Los gavilanes», etc., que le consagran como la nueva y gran figura del mundo de la zarzuela.

Figura señora de la zarzuela, a la que por encima de su explosiva popularidad musical deseó sirviera de enseñanza y recta norma de conducta social a través del diálogo de sus personajes, influyendo intensamente sobre sus colaboradores encargados de los libretos, modificándoles audazmente letras y situaciones, para lograr la ejemplaridad moral que perseguía. Esta intencionalidad moral había quedado suficientemente plasmada en la marcha titulada «Amigos, siempre amigos», en la zarzuela «Los gavilanes», tan felizmente hoy día actualizada por Plácido Domingo en la Gala de Reyes que anualmente viene celebrándose en el Auditorio Nacional.

La aureola de sus éxitos y la madurez compositiva alcanzada, impulsa a Jacinto Guerrero al intento de trasladar a la escenificación lírica la nostalgia de su Toledo, al conjunto de su ambiente, costumbres, sentimientos, historia, que sucesivamente irá plasmando a través del tiempo en sus mejores creaciones artísticas. De ahí, al margen de otras menores composiciones, la trilogía de obras que comentaremos.

La tarea se presenta delicada por el respeto que impone la elección de los temas, la íntima compenetración con los libretistas y el traslado melódico del ambiente y personajes que configuran las situaciones. El empeño del maestro con su espíritu incansable y cariño a sus tierras presidió la serie de reuniones con el consabido intercambio de temas e ideas, puesto que, como decía, no cabía dar un salto en el vacío, no por la fama alcanzada con sus anteriores obras, sino por el simbolismo mágico de Toledo. Finalmente, de acuerdo con el pensamiento de Guerrero se eligió un tema clásico, exclusivamente toledano, en el que se engarza y canta el esplendor histórico de la Ciudad, el embrujo de la mujer toledana, el fruto señero del trabajo sobre el



acero, el bullicio y alegría popular, junto a la sombra de la inmortal figura de Cervantes...

Así nacería la zarzuela «El huésped del Sevillano, estrenada el 3 de diciembre de 1926, la obra más cuidada de Jacinto Guerrero, la de su ofrenda total a la Ciudad en la cúspide de su gloria.

¿Quién no ha vibrado ante la belleza rítmica y marciales compases de la «Fiel espada triunfadora, que ahora brilla en mis manos»?

¿Quién no se rinde ante el aserto universal del «Yo venero la nobleza de tu acero toledano, que del Tajo entre las aguas reciamente se templó»?

¿Cómo no sentir reconocimiento ante la melódica romanza del galán en su petición de «Castellana, toledana, la flor galana del Cigarral, por besar tus labios grana, perdiera vida y honor»?

¿Cómo no reconocer la delicadeza musical y el intimismo que se desprende en el madrigal de «Mujer de los negros ojos, la de la trenza morena. Mujer de los labios rojos como la flor del amor»?

¿Qué añadir al arrollador coro de «Las lagarteranas», como arquetipo de la alegría popular de la querida comarca talaverana, cuando entre el revuelo colorista de sus refajos oímos cantar «Lagarteranas somos, venimos todas de Lagartera, lindos encajes traigo de Lagartera y de Talavera», con el broche final del baile de los agachaditos, «Agáchate Pedro, agáchate Juan...»?

Quien no lleve a Toledo en el alma y conozca su trasfondo, como así sentía el maestro Guerrero, no puede aportar semblanza tan fiel ni finura melódica como la condensada en «El huésped del Sevillano» basado en el tema cervantino de su obra «La ilustre fregona».

Los éxitos del eco de «El huésped del Sevillano» aparecen entremezclados con el final de las campañas de Africa, donde los sacrificios y heroísmo de nuestros soldados tanto conmovieron a España entera, y que en Toledo quedaban patentizados en la figura del soldado Fernández Collado, que con su hazaña y gloriosa muerte alcanzaría la máxima recompensa al valor, la Cruz Laureada de San Fernan-

do, junto a la Oficialidad formada en la Academia dentro del recinto alcazareño, tan directamente conocido por el maestro, le impulsan a trasladar sus propios sentimientos de admiración y patriotismo en su apasionado pentagrama con notas brotadas desde el fondo de su corazón, los vibrantes acordes del

«Soldadito español, soldadito valiente  
el orgullo del sol, es besarte en la frente»,

entremezclados con la trémula plegaria de la mujer amada,

«cuando muerta de pena a la Virgen rezaba  
tu novia morena»,

que incrustaría en la zarzuela «La orgía dorada», estrenada el 23 de marzo de 1928, valiéndole la felicitación personal del rey Alfonso XIII.

Sus frecuentes estancias en Toledo a lo largo de 1928, junto a las reflexiones de su arraigada fe cristiana, le llevan a exteriorizar su homenaje musical a la festividad del Corpus Christi, cuya jornada de exaltación mística transforma a Toledo en cuadro multicolor aromatizado con los efluvios del tomillo, mejorana y romero que alfombran sus calles y rejas, en cuyo cortejo procesional figurara y cantara en los años de su niñez como «seise», componiendo una majestuosa Marcha procesional titulada «El paso de la Custodia», que dedicó a su amigo el canónigo D. Ramón Molina y Nieto, Director de aquel semanario titulado «El Castellano», estrenándose dicho año coincidiendo con la ampliación del recorrido procesional por Zocodover y estacionándose la Custodia en el Arco de la Sangre para la bendición que se dio desde el balcón del Cristo, en lugar del nivel de la Plaza como ahora se realiza.

Tras su obra de «El huésped del Sevillano», centrada exclusivamente sobre motivos de la Ciudad, su inquietud compositiva en búsqueda de nuevos temas relacionados con la tierra toledana, se orienta, junto a sus colaboradores, hacia las llanadas manchegas, atraído por las tonadillas de sus seguidillas en las que las gentes condensan

la íntima poesía del hogar, las emociones equilibradas de sus tareas y trabajos, que, con su ritmo persistente, nos ofrecen el símil de la angustiada longitud de sus campos, de sus dilatadas lontananzas, donde la rítmica uniformidad de los viñedos alterna con las reducidas extensiones violáceas de las rosas del azafrán, cuyos estigmas rojizos y amarillentos en su sazón vienen a colorear más aún la alfombra de sus parcelas.

La exaltación musical de estos campos y siembras, de sus gentes, ambiente y sentimientos, que sobrepasando la Mancha toledana se adentran hasta el corazón ciudarraleño de la comarca de La Solana, constituirían su nueva zarzuela «La rosa del azafrán», puesta en escena el 14 de marzo de 1930, cuyo fondo argumental encontró en la obra «El perro del hortelano» de Lope de Vega, en la que surge esplendorosa la ambientación popular entre los cánticos de las mujeres azafraneras encargadas de extraer los clavillos rojizos de cada flor, es decir, la tradicional «monda», que anualmente podemos contemplar en el concurso que se celebra en la villa de Consuegra bajo el horizonte de las aspas de sus molinos siluetados en el Cerro Calderico.

En «La rosa del azafrán», «esa flor arrogante, que brota al salir el día y muere al caer la tarde», por encima del enredo argumental, brilla el ambiente cervantino, manchego por excelencia, cuyos cuadros mostrarán sucesivamente la grandeza y estoicidad en las labores del campo, de segadores y espigadoras, la pureza de los amores, las serenatas de los mozos en su obligado descanso semanal, la casa de labranza, los impedimentos sociales derivados de las diferencias de clase que se interponen entre los amantes...

¿Quién no añora la gallardía campesina escuchando la «Canción del sembrador», al entonar «Cuando siembro voy cantando, porque pienso que al sembrar, con el trigo voy sembrando mis amores al azar»?

¿Cómo no participar de la alegría inquieta del galán en su serenata romanceada de

«Hoy es sábado y no quiero dormir en la quintería,  
 porque rondan los gañanes y yo me muero de envidia  
 si me entero de que rondan las esquinas de mi novia».

¿Quién no recuerda haber aprendido en la escuela o recitado,  
 como método singular, la popularísima canción del coro,

«Dos por dos, son cuatro; tres por dos, son seis;  
 tres por cuatro, doce; dos por cinco, diez.

Ya me sé la tabla de multiplicar,  
 y antes del invierno me podré casar».

¿Qué añadir al popularísimo y singular coro de las espigadoras  
 tan reiteradamente tarareado por la mayoría, repitiendo las estrofas  
 de

«Esta mañana muy temprano,  
 por los carriles de los rastrojos...»

seguido del

«Ay, ay, ay, ay, qué trabajos nos manda el Señor,  
 levantarse y volverse a agachar,  
 todo el día a los aires y al sol».

¿Cómo no participar de la alegría serena y tierna de los amores  
 plasmados en las seguidillas, con su gracia picante y coqueta  
 intencionalidad, repitiendo aquello de

«Si quieres que te lo diga cantando,  
 cantando te lo diré,  
 el amor que te tenía  
 por donde vino se fue...».

El maestro Guerrero, con «La rosa del azafrán» difundía el ex-  
 tremo oriental de nuestras tierras toledanas, al igual que anteriormen-  
 te realizara con la Ciudad en «El huésped del Sevillano».

El paréntesis de la guerra civil con la ralentización de su fecun-  
 da imaginación compositiva, le llevaría, una vez más, a concentrarse  
 sobre su Toledo, componiendo el singular «Tríptico toledano», a gui-  
 sa de poema sinfónico donde desfilan los rasgos y acentos más nota-

bles de la Ciudad: el Corpus, Zocodover, los campaniles conventuales, el eco del cornetín alcazareño, etc.

Esta composición del «Tríptico toledano», con las notas de su espiritualidad procesional, la algarabía del mercado de Zocodover, que por entonces se celebraba en el centro de la Plaza e incluso sobre los huecos de los soportales, evocando el Toledo presente, contrasta abiertamente con aquella otra obra denominada «Jhaia», fruto de sus avances musicales en el Conservatorio de Madrid, poema sinfónico también, evocador de la época del dominio árabe en la Ciudad, con su danza mora y matices típicamente moriscos, estrenada en 1918 en los conciertos matinales del Retiro por el maestro Rafael Benedito.

Sólo quedaba al maestro transcribir líricamente el ambiente de la zona occidental provincial para completar su exaltación del total de las tierras toledanas en mensaje de entrega, cariño y apego, lo que consigue con su nueva zarzuela denominada «Loza, lozana», llevada al escenario el 2 de septiembre de 1943, con el fondo de la comarca de Puente del Arzobispo, donde la alfarería constituye la joya reina junto al bordado entremezclado con la reciedumbre de las rañas de las tierras de La Jara, desfilando los temas y figuras de Mohedas, de Sevilleja, de Belvís, etc., basados en la gracia de sus mujeres con el denominador común de

«Las mocitas de la Jara, tienen de sol y de luna  
resplandores en la cara...».

La rememoranza de la ancestral trashumancia pastoril, con el trasiego anual del paso de los ganados procedentes de la seca y ardiente Extremadura en busca de los frescos pastos sorianos, con el pago de su paso por el Puente del Arzobispo, la obra medieval del prelado toledano D. Pedro Tenorio, con su bifurcación hacia Guadalupe, nos permite trasladarnos al ambiente bucólico con los ecos de su canción

«Ya vuelven los pastores de Extremadura  
camino de la sierra triste y oscura.

Ya vuelven de Extremadura,  
ya suben hacia Castilla»

describiéndonos seguidamente la exaltación ceramista del lugar, puesto que en el Puente, todo es barro, quien no vive del cacharro, vive de la arriería, uno lo forma y lo cuece, y otro lo carga y exporta.

Las labores en el trabajo se mezclan con los amoríos puros que presiden la nobleza de miras de aquellas gentes, transcritos en la romanza de

«Como el barro del alfar  
alma y vida quiero darte,  
y en mis manos moldearte,  
para reina de mi hogar»

todo ello aderezado a lo largo de las escenas con las consabidas jotas y coplillas jareñas, exponente popular de su hidalguía

«Seguidillas jareñas, quiero que bailes  
olé y olá,

cuando vayas al Puente, para que aprendan  
lo que es bailar.

¡Lo bien que baila mi moza,  
lo bien que sabe bailar!

¡Cómo han abierto las flores  
que lleva en el faralá!

Así cantó el maestro Guerrero a su tierra toledana, sus matices, sus valores, su historia, sus costumbres, el alma de las gentes, intercalando dentro de su actividad lírica un auténtico afán divulgativo y moralizador, como retrato sincero del alma popular, influyendo para ello sobre sus colaboradores en enriquecedora simbiosis de musicalidad y encauzamiento cultural y social, que se refleja en la totalidad de su obra.

De ahí que recordando el juicio de Gregorio Marañón, digamos que «en el futuro no se podrá comprender bien nuestra época sin la música del maestro Guerrero y lo que ella representó».

Su obra póstuma, «El canastillo de fresas», de argumento típicamente español, ambientada sobre las tierras ajardinadas de Aranjuez, esa tierra toledana que el capricho de la reina Isabel II convirtiera en madrileña por mor de su egoísmo administrativo, vendría a resumir su prolífico trabajo de 129 obras.

Toledo recuerda los ecos de los aplausos tributados al maestro en la sesión celebrada en el Teatro de Rojas el 9 de septiembre de 1951, tras el descubrimiento de su busto realizado por el escultor Pérez Comendador en los jardines de la popular Vega, del Paseo que allanaran y embellecieran los ediles toledanos como digno pórtico de entrada a la Ciudad Imperial dando la bienvenida al emperador Carlos, cuando dirigió por última vez la trilogía de sus obras más queridas: «El huésped del Sevillano», el «Tríptico toledano» y su «Himno a Toledo», con acusados síntomas de su próxima muerte que tendría lugar en Madrid 6 días más tarde, en la madrugada del 15 de septiembre, como si con su último concierto realizado precisamente en Toledo hubiera deseado ofrecer a Toledo su postrer despedida, junto a sus preciadas obras, al igual que la Ciudad le brindara su inspiración.

La conmemoración centenaria de su recuerdo que hoy día epilógamos no podía cerrarse con mejor broche que el de la recuperación de su «Himno a Toledo», por lo que, junto a la evocación de sus notas, y nuestra perenne gratitud por su obra musical y ejemplo exaltador de su amor a Toledo, repitamos en su honor los versos de «El huésped del Sevillano»,

Toledo, solar hispano  
crisol de la raza ibera,  
¡dichoso aquel que naciera  
español y toledano!



Presidencia del Homenaje.